

La literatura infantil

Sebastián Gertrúdx Romero de Ávila.

Hay que ver qué cantidad de escritores y de libros para niños y jóvenes. Das una pata-da a una piedra y debajo de ella te salen como rosquillas. Debe ser un buen negocio eso de escribir para la gente menuda. Como su criterio no suele ser tenido en cuenta, se les hace leer cada bodrio que da vergüenza. Lo único que preocupa a estos mercenarios de la pluma (bueno, ahora se debe decir "del programa de tratamiento de textos") es que su libro para niños y niñas sea seleccionado por una editorial escolar que se encargue de su distribución. Lo demás no tiene ninguna importancia. Se hace literatura infantil de la misma manera que se hacen cartillas para aprender a leer.

Las situaciones más absurdas y disparatadas, los mundos más ininteligibles, los personajes más grotescos, se encuentran en los libros infantiles. Y todo ello apelando a la fantasía de los pequeños. Como si los niños y niñas viviesen continuamente fuera de la realidad, en un mundo fantástico. Como si fuesen incapaces de asimilar la realidad del mundo que les ha tocado vivir.

De la misma manera que las cartillas de lectura pretenden enseñar a leer con un lenguaje totalmente falto de contenido, sin emoción y fuera de la realidad de niños y niñas, la literatura infantil está, casi toda ella, invadida de una superficialidad, de un simplismo intelectual y de un sentido comercial, que la convierten en un producto abominable.

Las cartillas de lectura no enseñan a leer sino a descodificar (y, en algunos casos, ni eso); la literatura infantil aleja a los alumnos y alumnas de las emociones y de los placeres de la verdadera creación literaria.

Recomendamos el artículo titulado "La tiranía del marketing literario" de Adolfo Torrecilla, aparecido en la revista Alacena, número 30 (primavera de 1998), como un ejemplo muy aleccionador sobre los caminos actuales de la literatura en general y de la literatura infantil en particular.

Los profesionales de la enseñanza tenemos la obligación de ser selectivos, de no dejarnos influir por la comodidad del libro ofrecido como maná por los representantes comerciales de las editoriales. Pidamos con-

sejo a los compañeros y compañeras para elegir los libros que han de leer nuestros alumnos y alumnas (algunos de ellos, como Mariano Coronas, llevan años dedicados al estudio y selección de los mejores libros infantiles) y, sobre todo, seamos nosotros mismos lectores para poder seleccionar con conocimiento de causa.

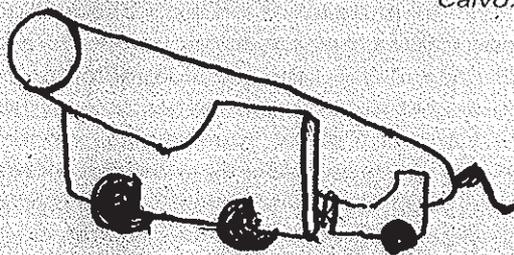
Todo ello sin olvidar que los mejores libros de literatura infantil son aquellos que están escritos por los propios alumnos y alumnas, de la misma manera que las mejores cartillas para aprender a leer son aquellas cuyo contenido está formado por las frases y los textos de los propios niños y niñas.

Finalmente, otra manera de acertar en la elección de los libros que han de leer los niños y jóvenes, consiste en acercarse a los grandes escritores. Todos ellos tienen uno o varios libros que, sin ser escritos para que los lean exclusivamente los pequeños, son perfectamente entendibles y adecuados para ellos. Y si no, abramos esa joya de la literatura que es "Platero y yo", de Juan Ramón Jiménez, y leamos lo que el autor dice al respecto en el prologo: "Yo nunca he escrito ni escribiré nada para niños, porque creo que el niño puede leer los libros que lee el hombre, con determinadas excepciones que a todos se le ocurren". ▲

¿DÓNDE, CUANDO, CÓMO, CON QUIÉN,... HUMOR?

Aquí, humor.
Ahora, humor.
Comiendo, humor,
Bebiendo, humor,
.... siempre humor.
Contigo... amor,
sin temor, humor,
mimos con humor,
momos con humor,
y unos pocos zumos con humor,
se llevarán el tumor,
con humor, el rubor
y con humor, el rumor,
olerá bien, sin pudor.

Calvo.



Obvio cañón sin agujero. Para cualquier ejército. F. Vallés

*"Es curioso, pero vivir consiste en construir futuros recuerdos; ahora mismo, aquí frente al mar, sé que estoy preparando recuerdos minuciosos, que alguna vez me traerán la melancolía y la desesperanza".
(Ernesto Sábato en "El Túnel")*

Cuadernillos para la reflexión y el recuerdo

Mariano Coronas Cabrero

Buscando la reflexión en estos tiempos de prisas.

Poco practicada, como resultado de la velocidad de la vida moderna o valor poco considerado en la actualidad, el hecho es que la reflexión no parece atravesar por sus mejores momentos. La pausa o la parada reflexiva son convenientes y hasta necesarias para resituarnos, para hacer valoraciones, para practicar la autocrítica, para digerir o dar un consejo, para calibrar hasta qué punto hemos hecho lo que debíamos, para saber hasta dónde hemos llegado en el cumplimiento de un objetivo... La reflexión, individual o colectiva, es la que nos da ese punto necesario de mirada hacia dentro o hacia atrás, donde nos vemos retratados y ponemos de manifiesto nuestros logros, nuestras satisfacciones, nuestras frustraciones, nuestras carencias.

Si los adultos sentimos y vivimos como irremediable el paso veloz del tiempo y los acontecimientos se precipitan de tal manera que nos sentimos en ocasiones, ahogados por la presión de lo inmediato y eso nos quita tiempo para la introspección, para la reflexión, en definitiva; qué decir del alumnado que puebla nuestras aulas, nuestras escuelas. Hijos e hijas de una época supersónica, donde la duración de las cosas es más que efímera, donde todo tiene fecha de caducidad, con una generalizada "cultura" de usar y tirar, se han habituado a la satisfacción inmediata del deseo, al "poder del mando a distancia" y

practican poco el sano ejercicio de pensar, de reflexionar antes de hacer algo o después de haberlo hecho, de preparar estrategias para abordar una situación determinada, de interiorizar un poco lo que se ha hecho, lo que se ha vivido, de valorar lo que se va haciendo ...

Creo que debemos ofrecer -dentro del tiempo escolar- momentos para que el alumnado, ayudado hasta donde necesite o quiera por el maestro o maestra, tenga la posibilidad de pararse a pensar, se le estimule a ejercer la reflexión, a valorar lo que ha hecho, lo que ha observado, lo que ha sentido, lo que ha vivido. Prácticas, todas ellas, hijas de la pausa y la serenidad y seguramente, bastante recomendables.

Estímulos para el recuerdo.

Y apunto una segunda idea que me parece importante transmitir a los niños y niñas: el interés que tiene el guardar los trabajos que uno va haciendo, las publicaciones escolares en las que va participando, todo aquello que se va generando en la escuela y que será una parte de la historia personal de cada uno (historia que se reconstruirá con mayor fidelidad y con más rapidez si se conservan algunas materializaciones concretas de actividades realizadas). Los maestros y las maestras deberíamos animar al alumnado a valorar y a guardar todo aquello que fueron haciendo cuando eran pequeños y pequeñas (y antes de animarles a guardarlo, les habremos animado y les habremos ayudado a hacerlo bien, con gusto, con cuidado) porque, aunque en el momento de hacerlo no le den un valor extraordinario, éste sí aparece con el paso del tiempo; hablo, ¡claro!, de valores emocionales que activa el transcurrir de los años, que pone en marcha la memoria. (También es cierto que para algunos niños y niñas la experiencia de la escuela y del instituto no habrá sido precisamente maravillosa y probablemente lo que desearán será olvidarla).

Cuando alguien quiere reconstruir su historia personal, lo hace en base a sus recuerdos (que siempre son interesados y fraccionados): en ocasiones echamos mano de los testimonios-recuerdo de los seres que nos han acompañado en nuestro periplo vital: nuestros abuelos y abuelas, nuestro padre y nuestra madre, nuestros hermanos y hermanas, las amistades... Con frecuencia recurrimos a las fotografías para certificar tal o cual cosa o nos apoyamos en colecciones, objetos... que guardamos en vetustas cajas o en desvencijados cajones. La memoria "agradece" que la persona haya sido precavida y haya guardado elementos materiales que le ayuden en su tarea evocadora.